

**Guadalupe Reinoso
Federico Uanini
Sebastián Di Tomaso
(Eds.)**

Neopirronismo clásico y contemporáneo.

Discusiones en torno
al legado escéptico



Neopirronismo clásico y contemporáneo.

Discusiones en torno al
legado escéptico

Guadalupe Reinoso
Federico Uanini
Sebastián Di Tomaso

(Eds.)

**Colecciones
del CIFYH**



Neopirronismo clásico y contemporáneo. Discusiones en torno al legado escéptico /Guadalupe Reinoso ... [et al.] ; Compilación de Guadalupe Reinoso; Federico Uanini; Sebastián Di Tomaso. - 1a ed - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1817-1

1. Filosofía Clásica. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Filosofía Moderna. I. Reinoso, Guadalupe, comp. II. Uanini, Federico, comp. III. Di Tomaso, Sebastián, comp. CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño gráfico y diagramación: María Bella

2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Pasiones pirrónicas: *pathos* y *metriopatheia* de Sexto Empírico a Martha Nussbaum

Ciro Botta*

Introducción

Este trabajo explora el ámbito de las pasiones en el pirronismo antiguo, así como su recepción por parte de Martha Nussbaum y las corrientes neopirrónicas contemporáneas. Nuestra línea de interés sigue el aspecto ético-terapéutico de la orientación pirrónica según el cual se toma a la filosofía como una búsqueda de la vida buena. Trataremos la lectura de las *Hipotiposis Pirrónicas* de Sexto Empírico que lleva a cabo Martha Nussbaum en su obra *La terapia del deseo* (1994) para generar aportes de utilidad en el planteamiento de un neopirronismo contemporáneo. Compartimos la opinión de la filósofa acerca de la necesidad de integrar académicamente a las emociones como parte de la vida en comunidad, pero, al contrario que ella, creemos que el pirronismo tiene mucho que aportar a la discusión. Asimismo que la conformación de una orientación neopirrónica contemporánea atendiendo a estas cuestiones es posible y necesaria. De este modo, no compartimos la interpretación de la autora, según la cual el pirronismo elimina toda creencia, y con ello toda pasión exceptuando las de supervivencia corporal básica. Creemos necesario revisar la relación entre *pathos* y creencias en *Hipotiposis Pirrónicas* estudiando la posibilidad de un tratamiento de las pasiones, más allá de las simplemente corporales, como parte del criterio práctico de vida pirrónica. Consideramos que este es un paso importante para lograr una correcta comprensión del pirronismo antiguo ya que la problemática del *pathos* en general no se ha tenido en cuenta en la discusión que suele girar en torno a los alcances de la suspensión del juicio.

Al contrario de la posición de Nussbaum, pretendemos mostrar que en la *praxis* pirrónica la vida pasional no sólo es posible, sino inevitable, y

* Universidad Nacional de Córdoba; ciro.botta@mi.unc.edu.ar

que efectivamente se trabaja sobre las pasiones y desde ellas. Sostenemos que esto es posible sin necesidad de una teoría racional de las pasiones. Sin embargo, las *Hipotiposis* son poco claras en su desarrollo del *pathos*, lo cual dificulta la investigación y posiblemente haya provocado la creencia de que el pirrónico busca la eliminación de toda vida pasional. Creemos que la clave para solucionar este problema se encuentra en el concepto de *metriopatheia* que Sexto presenta junto al de *ataraxía*, pero no desarrolla con la misma atención. Muchos problemas acerca del ámbito pasional pirrónico surgen de la distinción entre estos conceptos, de sus características y campos de acción. En este artículo plantaremos tales problemas y esbozaremos alguna posible solución.

Comenzaremos primero por una breve presentación de los textos fuente, destacando los objetivos y rasgos generales de la investigación de Nussbaum, y presentando brevemente el pirronismo de las *Hipotiposis*. Para comprender mejor a Nussbaum, introduciremos en pocas palabras la discusión rústicos-urbanos, que versa sobre el alcance de la suspensión del juicio (*epoché*) en las fuentes. En tercer lugar, observando algunos puntos centrales de las fuentes, como son el tratamiento por parte de Sexto de ciertas pasiones y algunas consideraciones sobre los fenómenos, intentaremos refutar la interpretación de la autora acerca de la imposibilidad de una vida pasional pirrónica. Para ello, rastreamos el uso de la *metriopatheia* en las *Hipotiposis Pirrónicas*¹ para diferenciarla tanto de su equivalente estoico como de la *ataraxía*, y mostrar su importancia en el ámbito de las pasiones. En el tercer y último apartado, propondremos una tentativa forma de entender y vivir contemporáneamente las pasiones desde una perspectiva neopirrónica, atendiendo al criterio práctico, que implica siempre una vida en comunidad.

El *pathos* pirrónico y la interpretación de Martha Nussbaum

En *La terapia del deseo* Martha Nussbaum estudia el pirronismo como parte de las filosofías helénicas. Analiza su búsqueda de la buena vida, tomando a la filosofía como un *ars vivendi*, y busca comprender sus esfuerzos

1 Citaremos a los *Esbozos Pirrónicos* de Sexto Empírico como HP, seguido de número romano indicando el libro, y números arábigos señalando la o las líneas. Utilizaremos en este trabajo la edición de Rafael Sartorio Maulini, de la editorial Akal del año 1996.

ético-terapéuticos de tratamiento de las enfermedades que turban el alma. Es que, dice, así como el médico cura el cuerpo, el filósofo cura las enfermedades del alma, enfermedades pasionales, enfrentando a sus creencias fundantes:

La filosofía cura enfermedades humanas, enfermedades producidas por creencias falsas. Sus argumentos son para el alma como los remedios del médico para el cuerpo. Pueden curar y se han de valorar en función de su capacidad de hacerlo. Así como el arte médico progresa al servicio del cuerpo doliente, así también la filosofía en pro del alma cuitada. Bien entendida, no es ni más ni menos que el arte de vivir, (*téchnē bíou*), propia del alma (Nussbaum, 1994, p. 34)².

Ahora bien, no es fácil rastrear el sentido que daban los griegos a las pasiones, cuestión de vital importancia para entender mejor su trabajo sobre ellas. Hoy en día se han introducido términos para dividirlas, como sensaciones corporales, emociones y sentimientos, entre otras posibles nomenclaturas, dependiendo de la teoría de la emoción a la que suscriba cada autor³. En ese entonces, sin embargo, estaban reunidas en una sola palabra, *pathos*. No hay, creemos, en el helenismo una caracterización atenta de este *pathos*, es decir una teoría de las emociones, lo que considero es una de las mayores fuentes de problemas interpretativos. Al menos en el pirronismo no existe de manera expresa. Sin embargo, sabemos que reunía desde sensaciones como el dolor físico y el hambre hasta sentimientos tan complejos como el amor o la amistad. Nussbaum sostiene que en toda la filosofía helénica las pasiones son “elementos inteligentes y perceptivos de la personalidad que están muy estrechamente vinculados a las creencias y se modifican al modificarse ellas” (1994, p. 63). Es decir,

2 Además, afirma que la filosofía helénica “se ocupa tanto de creencias como de emociones y pasiones” (Nussbaum, 1994, p. 62), afirmación con la que estamos rotundamente de acuerdo. Sin embargo, lo justifica con un argumento que abarca a todas las orientaciones helénicas, que, como discutiremos más tarde, no aplica al pirronismo. Es la supuesta idea compartida de la cognoscibilidad de las emociones, pues dice que “en cada caso se hace hincapié en la dimensión cognoscitiva de las emociones y, en particular, en su estrecha conexión con una cierta clase de creencias éticas sobre lo que tiene importancia y lo que no” (p. 63).

3 Para una descripción detallada del estado de la cuestión, incluyendo teorías y nomenclaturas, véase Blasco 2014, primera parte, capítulo I.

las coloca dentro del terreno de lo cognoscible, de lo que es posible afectar y cambiar.

El pirronismo es por supuesto una orientación que se inserta en esta concepción de filosofía, y en este período temporal, si bien no es una escuela sino una orientación⁴, y tampoco considera que haya un arte de vivir bien⁵. Presentando brevemente el escepticismo Sexto dice que “La *escepsis* es la capacidad de oponer, de cualquier modo posible, apariencias y juicios, de forma que, a través de la equivalencia entre las cosas y los argumentos opuestos, alcancemos primero la suspensión del juicio y, tras ellos, la *ataraxia*” (HP, I, 8). Pero sus argumentos sobre las pasiones, al menos en Sexto, han llevado a que se plantee la pregunta de si el pirronismo permite una vida pasional, y que se responda, como hacen Burnyeat o Nussbaum, que sólo sobreviven las pasiones más básicas, los impulsos corporales de supervivencia biológica. Y un fragmento central del texto parece a primera vista apoyar esto pues cuando se habla sobre los fines del escepticismo Sexto afirma: “Decimos ahora que el fin del escéptico es la imperturbabilidad (*ataraxia*) en lo opinable y la moderación (*metriopatheia*) en lo necesario” (HP, I, 25).

Esta interpretación es llamada frecuentemente la posición *rústica* o *radical* (Cf. Ornelas, 2021, p.75). Las *Hipotiposis pirrónicas*, sin embargo, permiten también una línea interpretativa contraria, llamada *urbana*, postulada primeramente por Frede (*Ibid.*). Esquemáticamente, digamos que la interpretación *rústica* considera que el pirronismo busca eliminar toda creencia, incluso las presentes en la vida cotidiana; la interpretación *urbana*, por otro lado, reduce el alcance de la *epoché* a las discusiones dogmáticas, teniendo como objetivo sólo curar la precipitación y la arrogancia de los dogmáticos, y dejando libre la vida cotidiana (*Ibid.*). Ambas interpretaciones tienen sus problemas, y su disputa se extiende hace ya décadas sin encontrarse solución alguna. Por lo tanto, y como no es nuestro interés entrar en ella en este texto, suspendemos el juicio al respecto. Sin embargo, vale la pena señalar que el estudio de la vida pasional pirrónica no sería posible bajo los supuestos rústicos, pero tampoco conviene estudiarla desde perspectivas urbanas. Los rústicos eliminan la vida pasional,

4 Ya desde HP, I, 4 se utiliza la palabra orientación, que no se deja de usar en todo el libro, y en HP, I, 16-17 se niega que el escepticismo tenga un *dogma*, necesario para una escuela.

5 Para la crítica sexteana al *ars vivendi*, véase HP, III, 239-249 en adelante.

después de todo, y los urbanos buscan en cambio resguardarla lejos del alcance del pirronismo, algo que, como veremos, es anacrónico: la vida pirrónica es pasional. Esto responde a un problema común entre ellas: su excesiva atención tanto a las creencias como a su suspensión, cuestión sin duda importante en el pirronismo, pero dudosamente la única crucial.

Nussbaum está entre quienes interpretan rústicamente al pirronismo. Veamos cómo considera al pirronismo: en el capítulo 8 de *La terapia del deseo* (1994) presenta un ejemplo práctico de una alumna epicúrea que intenta dogmáticamente desligarse del sufrimiento, de la angustia, cuando se encuentra con la *isosthéneia* (igual validez) entre sus creencias acerca de cómo curarla y las de otras corrientes, por ejemplo, la estoica. Esto le causa más sufrimiento al no poder decidir entre una y otra, hasta que suspende el juicio y encuentra como por azar la *ataraxía*, la tranquilidad del alma. Nos dice así que la alumna aprende poco a poco a suspender el juicio sobre toda creencia, incluso de aquellos compromisos que “puede no ser capaz de articularlos en forma teórica o acaso ni siquiera de formularlos en absoluto” (Nussbaum, 1994, p. 357), lo que hoy llamaríamos inconscientes. Hacerlo es fundamental para lograr la *ataraxía* que considera el fin escéptico, no teniendo por tanto pasión alguna, excepto aquellos “sufrimientos físicos necesarios” (Nussbaum, 1994, p. 362) que considera terreno de acción de la *metriopatheia* o control del sufrimiento. Pues, si las pasiones surgen de creencias, y la suspensión del juicio alcanza a toda creencia, toda pasión dependiente de ellas desaparece.⁶ Así, considera que el pirrónico busca desligarse de toda pasión, que lo cree una empresa posible, y que en ello consiste la *ataraxía*.

Porque no sólo la postura de Nussbaum sino ya la misma pregunta de si el pirrónico puede o no vivir una vida pasional surge ya de una postura interpretativa rústica: lo que el pirrónico no puede es, en realidad, evitar la pasión tomada como *pathos*; forma parte del mundo de los fenómenos; de hecho, es una de las exigencias vitales que explicita Sexto:

Parece, sin embargo, que esta observación vital es cuádruple y que una parte descansa en la guía de la naturaleza, otra en la compulsión de las sensaciones⁷, otra en la tradición de las leyes y costumbres y otra en el

6 “El drástico rechazo de toda creencia propuesto por el escepticismo pirrónico no permite análisis precisos de emociones concretas” (Nussbaum, 1994, p. 69).

7 *Pathos*

aprendizaje de las artes. En virtud de la guía de la naturaleza somos naturalmente capaces de sensación y pensamiento; por la compulsión de las sensaciones, el hambre nos dirige a la comida y la sed a la bebida; por la tradición de las leyes y las costumbres, consideramos la piedad en la vida como buena y la impiedad como mala; finalmente, gracias a la instrucción de las artes no somos incompetentes en aquellas artes que cultivamos (HP, I, 23-24).

El *pathos* del que se habla aquí es, según la concepción de los griegos, aquello que afecta al ente, e incluye específicamente no sólo sensaciones básicas sino también lo que hoy llamaríamos sentimientos y emociones⁸. Por ello, sería extraño que Sexto las colocara como criterio práctico si el ejercicio de su filosofía las descartase por completo. Hay urbanos que muestran que esto simplemente no es así; Spinelli, por ejemplo, ha estudiado estas cuestiones y demostrado la aceptación plena por parte de Sexto de ciertas afecciones naturales como parte de la guía de los fenómenos (2020, p. 22). Lo que queremos aquí es reafirmar eso: hay momentos afectivos para el pirrónico antiguo, se tome la postura que se tome. Estas pasiones se tenían por naturales, se imponían, y no se encuentra un catálogo de ellas, si bien se repiten muchas veces el hambre y el sufrimiento. Tal vez Nussbaum consideró únicamente para extraer sus conclusiones las menciones específicas de pasiones de Sexto, que, admitido, son pobres y prestan a confusión⁹. Pero que se mencionen dos o tres no significa que las no mencionadas se hagan desaparecer, menos cuando hay evidencia textual para interpretar lo contrario.

8 Cf. Ferrater Mora (1965) entrada “**pasión**”.

9 Por ejemplo, en el fragmento previamente citado, cuando Sexto dice que una de las exigencias vitales es el apremio del *pathos*, señala como ejemplos de pasiones sólo a dos, problemáticas por su carácter biológico: “por la compulsión de las sensaciones, el hambre nos dirige a la comida y la sed a la bebida” (HP, I, 24). Es revelador recordar que, como decíamos antes, cuando Nussbaum habla de la *metriopatheia* la dirige sólo a sufrimientos *físicos*. Creemos que piensa en estos ejemplos textuales de *pathos*.

El tratamiento pirrónico del *pathos*: *ataraxía* y *metriopatheia*

Como se ve, la postura de Nussbaum no resulta satisfactoria, pues suscita la incómoda pregunta de cómo sería posible la vida en comunidad, tan importante para el pirrónico, sin tener emoción alguna. ¿No son las pasiones parte de la sociedad, de la vida pública? Nussbaum está tratando justamente de revertir la ancestral tendencia de la filosofía de ignorar el mundo pasional; tal vez, al contrario de lo que piensa, el pirronismo comparte esa lucha y tiene herramientas para combatir. Si bien de Sexto no se sabe mucho, pensemos en lo que nos llegó de su vida: se sabe que fue médico (Brochard, 2005, p. 369), y por tanto un individuo perfectamente adaptado a la sociedad e interesado por ella y su bienestar. Fue respetado y actuó siguiendo las costumbres de los lugares que visitaba, integrándose así a las comunidades.

Todo esto no es un contrasentido, pues, como decía antes, hay evidencia textual para hablar de una vida pasional en el pirronismo, que según nuestra opinión es incluso activa. Pero sin adelantarnos, vamos al texto; me refiero al fragmento citado arriba sobre los fines del escepticismo, en la que se utiliza la palabra *metriopatheia* junto con la de *ataraxía* (HP, I, 25). No sólo se observa que los fines de la orientación es de ámbito pasional, no sólo epistemológico (como lo serían la suspensión del juicio o la investigación acerca de la verdad), sino que se separan claramente dos ámbitos: la *ataraxía* para los dogmas, la *metriopatheia* para el fenómeno.

Quisiera detenerme un momento en estas cuestiones, pues es extensa la discusión acerca de los alcances de la *ataraxía*, pero casi inexistente la de la *metriopatheia*. A tal punto que se traduce a esta última como una moderación o un “control del sufrimiento”¹⁰, lo que hace pensar inmediatamente en la moderación estoica o aristotélica, como tal vez lo hace Nussbaum, muy apegada a ambas corrientes. A lo que se refiere Sexto con el término no es a ejercer un control activo y racional sobre el *pathos*; tal cosa requeriría una teoría de las pasiones que las catalogue en deseables e indeseables (buenas y malas) y un arte de vida con reglas para controlarlas. Pero es importante recordar el fragmento de la refutación al *ars vivendi* en

10 Hablo de la elección de los traductores de la edición de Gredos, al traducir la línea sobre los fines del escepticismo como “el fin del escepticismo es la serenidad del espíritu en las cosas que dependen de la opinión de uno y el control del sufrimiento en las que se padecen por necesidad” (HP, I, 25). Las cursivas son mías.

el que Sexto habla sobre su utilidad, en HP, III, 274-279. Allí se ve claramente que el sabio que vive siguiendo el arte, no aceptado por el pirronismo, practica la *egkráetia*, la temperancia, el autodomínio de la razón sobre los apetitos. Y se lo refuta diciendo que, si el sabio es sabio, desde un comienzo no debería tener esos apetitos, si quisiera siempre lo bueno; y, por el contrario, si tiene esos impulsos malos y logra controlarlos por creerlos malos, no por eso deja de tenerlos, turbándose así más que quien no los controlara. Se ve así que efectivamente la noción de *metriopatheia* pirrónica no puede tener como objetivo este control racional.

Considero que con *metriopatheia* se refiere, en cambio, a no creer cosas precipitadamente sobre cuestiones inevitables, haciendo que las suframos dos veces. Es decir, suspender el juicio acerca de contenidos dogmáticos asociados a lo que nos afecta, como lo sería creer que tenemos distintas partes del alma y que una debe controlar a la otra, o de que tenemos algún criterio para hacerlo¹¹. El objetivo del pirrónico es alcanzar la *metriopatheia* de la siguiente forma: se tiene un impulso, que puede o no turbarnos, pues el cuerpo se impone; pero suspendemos el juicio acerca de la carga valorativa de ese impulso, no preocupándonos por deberes morales o cuestiones metafísicas. Así, al no agregarle contenido dogmático al *pathos*, estamos de alguna manera alcanzando la *metriopatheia*, pero no por control de la pasión, sino por suspensión de las opiniones sobre ella. Ahora, este no es el objetivo para cada pasión, sólo para las que no dependen de lo opinable; para aquellas está destinada la imperturbabilidad, al suspender el juicio sobre la opinión dogmática que la fundamenta. Además, ¿por qué pensar que se debe buscar la *metriopatheia* en cualquier pasión? No toda pasión nos turba, y en una filosofía médica cuyo objetivo es principalmente el tratamiento de las turbaciones no tiene sentido atacar aquello que no es síntoma.

Por otro lado, la extrema atención sobre la suspensión del juicio tanto de rústicos como urbanos provoca que no perciban algo que queda muy claro en el símil del pintor Apeles:

Cuentan que pintando éste un caballo, de tal modo fracasaba en su intento de pintar la espuma del corcel, que desesperó de lograrlo y arrojó contra el

11 La *metriopatheia* estoica, por ejemplo, suponía controlar el exceso de las pasiones, y estaba conectada a una cierta concepción dogmática del alma. Para una discusión sobre este tema en la antigua Grecia, véase Dillon, 1978.

cuadro la esponja en que limpiaba los colores del pincel; pero entonces la esponja, al dar contra la pintura, dibujó la imagen de la espuma; así, también los escépticos esperaban alcanzar la imperturbabilidad resolviendo la contradicción entre las apariencias y los juicios; pero, no pudiendo conseguirlo, suspendieron el juicio; y a quienes habían suspendido el juicio les advino poco a poco, fortuitamente, la imperturbabilidad, tal como la sombra sigue al cuerpo (HP, I, 28-29).

Y es que la misma *epoché* es un fenómeno pasional, y se sigue de un proceso que muchas veces es pasional. El pintor Apeles no abandona toda pasión al lograr como por azar pintar la espuma que estaba buscando, es más, lanza desesperado la esponja que al fin cumple el cometido; pero logra superar aquellas que lo estaban turbando, y cuesta imaginar que al hacerlo pasa a sentir simplemente *nada*. Así también, considerar a la suspensión del juicio como guía única o principal no es abandonar la vida pasional (ni abrazarla) sino querer reducirla a una única pasión; pasión que suele, vale la pena recordarlo, surgir de otras pasiones. Pues el pirrónico no se nos muestra como un desganado al que no le importan en absoluto las cuestiones que investiga, sino todo lo contrario. La suspensión del juicio, todo el trabajo para evitar la precipitación y el dogmatismo, responden a la extrema importancia que otorga a las cuestiones que trata, pues de ellas depende la vida buena.

En este momento quisiera volver un poco a Nussbaum, para observar algunas particularidades de su proyecto filosófico de las emociones que pueden explicar sus interpretaciones. La filósofa suscribe a las corrientes cognitiva y evaluativa de la emoción (Blasco, 2014, p. 34). En líneas generales, esto implica que cree en una conexión entre las emociones y nuestras creencias sobre el mundo, y busca estudiarlas a partir de juicios de valor. Para ella sólo hay emociones conectadas siempre a creencias, no hay afecciones separables de juicios valorativos, al menos no lo suficientemente importantes para impactar en la filosofía o en la vida pública. Porque no olvidemos que este es su fin al introducir el ámbito pasional a la filosofía: explicarlo, crear una teoría de la emoción, introducirlas al ámbito racional. Pero las pasiones no parecen ser algo racional, siempre unido a creencias, y menos a creencias conscientes y automáticamente percibidas. No parece tarea sencilla introducirlas a la esfera racional, a menos que se les fuerce desde el punto de partida una conexión directa con la creencia,

como hace Nussbaum. Pero esto es engañoso: busca racionalizar algo que quedó siempre relegado al ámbito de lo irracional por no compartir sus requisitos, considerándolo de forma tal que cumpla esos requisitos. Nussbaum cae presa de su intención dogmática: su necesidad de teorizar la hace olvidar el afecto, el cuerpo, el fenómeno. El pirronismo, por otro lado, no sólo elimina las creencias, sino que ataca los juicios de valor. Nussbaum no podría concebir una teoría de la emoción sin estos dos principios. Y el pirronismo tampoco, por eso no lo intenta. Por ello es la orientación helénica menos favorita de la filósofa.

Consideramos que el problema de la interpretación de Nussbaum radica en parte en creer que el pirronismo entiende las pasiones de forma similar como lo hacían las otras escuelas helénicas. Para dicha autora, el pirrónico elimina toda pasión en su esperanza de *ataraxía*, menos aquellos “sufrimientos físicos necesarios” (Nussbaum, 1994, p 362) que considera los únicos alcanzados por la *metriopatheia*. Interpreta rústicamente el pirronismo, así que no puede ver a la *metriopatheia* alcanzar otra pasión que las de supervivencia. Para ella, el cariño, la tristeza, la ira, dependen de creencias y tienen carga valorativa, y considera que el pirrónico está de acuerdo. Pero, y esto es muy importante, Sexto acepta la cognoscibilidad de las pasiones, sólo como parte del argumento para curar al dogmático, que es quien afirma esa cognoscibilidad y esa conexión con las creencias¹². Esto no se debe tomar como una afirmación del pirrónico de la cognoscibilidad de toda pasión: es parte de los supuestos del argumento purgante orientado a curar la precipitación y la turbación que provoca. Es decir, al discutir con, por ejemplo, los estoicos o los epicúreos, que sí aceptan la cognoscibilidad de ciertas pasiones, el pirrónico utiliza sus propias bases

12 Tomemos como ejemplo la refutación a la búsqueda epicúrea del placer que los epicúreos desean, en HP, III, 194-197; puede considerarse que este es un argumento que intenta curar de la ansiedad de buscar un placer constante, utilizando los propios argumentos epicúreos para mostrar sus problemas. Nussbaum consideraría que, si Sexto hace esto, admite la cognoscibilidad de las pasiones. Pero veamos la frase final del argumento citado: “en razón de la discrepancia existente entre ellos mismos, se rebate que algo sea naturalmente una cosa u otra” (HP, III, 197). Sexto utiliza los argumentos epicúreos, que ellos utilizan para fundamentar una búsqueda de placer (ahí estaría la cognoscibilidad) para mostrar simplemente que eso no es así *por naturaleza*. Si se quiere, esto es incluso un argumento *en contra* de la cognoscibilidad.

de discusión para curarlos también de sus creencias que suscitan sufrimiento e intranquilidad.

Por otro lado, Nussbaum parece olvidar que el amor, la ira, las emociones en general, no son sentidas como un concepto claro y automáticamente evidente en nuestra mente. Su concepción de las pasiones parece suponer un sujeto transparente, independiente, y unas pasiones internas e individuales. Creemos que son, en cambio, reacciones corporales, cambios de distinta intensidad de nuestra percepción, que a veces tardamos meses, años, en poder nombrar. E incluso más; no son individuales, pues siempre son en reacción a algo, a un estado de las cosas independiente de cada individuo. Las pasiones son comunitarias, pues los fenómenos lo son. En términos actuales, podría decirse que lo que en principio sentimos son afectos, que luego convertimos en emociones al cargarlos de creencias y conceptualizarlos. Sexto, por supuesto, no tiene esta distinción; utiliza solo el término *pathos*, que se traduce más hacia el lado de la afección que hacia el de la emoción. Pero aquí entra en juego otra cuestión importante, que dependiendo de la interpretación puede variar considerablemente las consecuencias de lo dicho anteriormente. Es la cuestión de qué se considera incontrolable y qué no, y cómo es posible distinguirlo de aquello que sí. En las *Hipotiposis* no se resuelve esta duda, porque ni siquiera se plantea. Los antiguos no habían desarrollado mucho los estudios de las pasiones.

Nussbaum, en cambio, al considerar que *toda* pasión está vinculada a una creencia, y al eliminar por ello la posibilidad de vida pasional pirrónica, está creyendo que aún las pasiones no analizadas dependen de creencias que nosotros mismos no conocemos, lo que hoy en día llamaríamos inconscientes. Así, si para un urbano hay pasiones que no se tratarían por no depender de creencias dogmáticas, ella contestaría que de hecho lo están, aún si no son analizadas. Por lo tanto, el pirrónico debería eliminarlas para ser consistente con su propia filosofía. Pero Sexto no parece tener esa creencia: primero porque hay ciertas pasiones que considera simplemente naturales, instintivas, como el hambre, el dolor; segundo porque eso no puede afirmarse sin previamente analizar cada pasión. Hoy en día es un planteo que debería ser actualizado en gran medida, sin duda.

Entonces, la pregunta que surge es la de qué pasiones *deben* ser curadas, cuáles turban el alma, ya que parece que sería anacrónico decir que son todas. Y en esto las fuentes no son muy claras. Se sabe que el pirrónico, como un médico, analizaba el discurso de sus pacientes (que bien podían

ser ellos mismos) y los curaba de las pasiones que lo turbaban, cuando surgían de sus creencias precipitadas. Se sabe también que había ciertas pasiones que eran consideradas reacciones afectivas, fenómenos. Pero entre esas dos áreas hay un abismo que se llena con la mayoría de las pasiones de la vida humana, y que no son analizadas directamente en la obra de Sexto. El pirrónico investiga cada asunto en profundidad, zetéticamente, y practica la suspensión del juicio acerca de las opiniones dogmáticas que surjan de su análisis. Pero con respecto a las pasiones que nos turban, va a descubrir que algunas parecen conectadas (no interiormente, sino en el discurso del paciente) a ciertas cuestiones dogmáticas, como lo sería el miedo al sufrimiento eterno. En este caso, sin actuar sobre el fenómeno que acepta (se siente el miedo y ya), el médico va a atacar la creencia fundante con la esperanza de que el paciente encuentre la *ataraxía*, pero sin prometerla (pues no afirma la conexión directa entre creencia y pasión). Pero hay otros casos en los que las pasiones no van a presentarse, ni siquiera luego de una investigación profunda, como surgidas de una creencia dogmática, o conectada en la historia de vida del paciente, en leyes o costumbres, en fin, en el criterio de vida práctico que implica la vida en comunidad. Aquí, reitero, se encuentran la mayoría de las pasiones de nuestra vida diaria. El cariño, el amor, la melancolía, la decepción, el asco, etc. Estas pasiones aparecen muchas veces cargadas de contenidos dogmáticos, de creencias precipitadas, de valoraciones, que sin embargo no siempre parecen ser, en el discurso ajeno, aquello que provoca la pasión. El trabajo médico en este caso estaría enfocado a eliminar esa carga dogmática sin buscar una ausencia absoluta de pasión, sino una *metriopatheia*, esa ausencia de precipitaciones que, en vez de eliminar la pasión, se esfuerza en mantenerla.

Consideraciones hacia un neopirronismo pasional

Para pensar las emociones como parte de un proyecto neopirrónico, creo que habría que tener en cuenta algunas cuestiones sobre esta base, cuestiones que no pueden tratarse desde las fuentes por anacronismo. Me refiero a la cuestión del aspecto social de las pasiones, no sólo su lugar en la vida pública, que los griegos comprendían muy bien, sino a su misma constitución. Entre los teóricos de la emoción esto es la disputa acerca de

qué tan innatas (instintivas) y qué tan aprendidas son las pasiones¹³. Si bien es una disputa interminable, creo que hoy en día hay que admitir que ninguna de las dos opciones es posible de manera absoluta. Es decir, hay una parte instintiva y una parte aprendida en las emociones. No sólo nos enseñan nuestros alrededores cómo comportarnos cuando nos enojamos, nos enseñan a detectar el enojo, a reunir múltiples fenómenos dispares bajo un concepto comunicable, distinguirlo de otros similares, de toda una red conceptual de pasiones reconocidas socialmente y que cambian de cultura en cultura. Nos enseñan los límites de acción, qué está bien que provoque cada reacción y qué no. Catalogación, autoanálisis, *praxis* emocionales, valoraciones, todo esto y más sin duda forma parte del aspecto social, aprendido, de las pasiones. Es comprensible que un pirrónico contemporáneo observe todo eso y, sobre todo con la ayuda de disciplinas todavía no presentes en la antigüedad, comprenda que está plagado de creencias precipitadas. El objetivo de la *metriopatheia* podría alcanzarse explorando poco a poco estas cuestiones y desarmándolas; trabajo infinito, seguro, y tal vez nunca lo suficientemente abarcativo, pero no por ello sin importancia. Por otro lado, si se es rústico, es fácil concluir que al hacer esto se suspendería el juicio sobre todo, llevando a la ausencia absoluta de pasiones más allá de las pocas instintivas que dejaría la *metriopatheia* (que nadie se pone de acuerdo en nombrar, catalogar o jerarquizar) y por lo tanto a una *apraxia*.

Pero ¿no menciona el mismo Sexto, después del *pathos*, a la costumbre como criterio práctico de vida¹⁴? ¿Por qué habría de abandonar la *praxis* pasional de su comunidad, o su catalogación de emociones, o cualquier forma de vida pasional? No hay motivos para hacerlo, no *podemos* hacerlo. Creo que nada causaría más turbación. El griego era un ser comunitario; nosotros no somos distintos. Pero cuidado: esto no significa creer que, cuando alguien habla del amor, hay un conjunto de reglas que lo regulen, comprensibles y claras, un cómputo comparable con la norma social y los afectos instintivos para determinar si se ama o no. El pirronismo debería darnos las herramientas para justamente no caer en eso. Pues seguir la

13 La explicación “neocultural” de las emociones de Eckman, por ejemplo, considera que tenemos ciertos “programas de afectos” que establecen las respuestas emocionales. Esta organización “tendría unas bases genéticas, pero también podría ser influido por la experiencia”, (Blasco, 2014, p. 53).

14 Recuérdese el fragmento de HP, I, 23-24, citado anteriormente.

costumbre no implica admitir acriticamente su imposición. Podría pensarse que el pirronismo ofrece para la esfera pasional lo que la crítica debería ofrecer a la literatura: un análisis profundo y sin dogmas, un juego constante entre el *desde* y el *sobre*, con método disruptivo, pero esperanza constructiva. Nos da las herramientas para explorar las concepciones pasionales de la comunidad, también desde lo personal, para mostrar sus problemas, sus espacios vacíos, sus inconsistencias, sin esperar cambiarla por una teoría mejor. En la vida pasional de la sociedad, el pirronismo nos sirve para desligarnos de los rótulos perturbadores, o al menos para despegarlos y prestar atención a lo que hay debajo. El objetivo no es descubrir cómo es exactamente el amor, para mostrarle a quienes creen que lo sienten que en verdad no lo hacen o ir por la vida midiéndonos y sumando requisitos necesarios. El objetivo es entender qué consideramos amor, de qué cargas lo llenamos, cuáles nos turban y cuáles mejoran nuestra vida, y observar otras posibilidades. Quién sabe, tal vez cambiar, aunque sea transitoriamente y en lo personal, alguna cuestión que nos turbe.

Si se acepta todo esto se ve que, al contrario de lo que sostiene Nussbaum, sí sería posible una vida pasional pirrónica, así como un trabajo sobre ellas, y sin necesidad de una teoría racional de las pasiones. Dando un paso más, consideramos que sería importante y favorable para la vida en comunidad explorar la cuestión desde nuestra orientación. En vez de una *apraxía* fundada en una inescapable *apatheia*, la inclusión (siempre presente en las fuentes, cabe aclarar) de la *metriopatheia* a los estudios pirrónicos contemporáneos podría hasta explorarse como un posible criterio de acción. El *pathos* es inevitable, y debemos atender a las leyes y costumbres de la comunidad; pero esto no es necesariamente la aceptación resignada que parecen considerar tantos autores (que sería, también, una pasión perturbadora). Puede haber un ejercicio activo, crítico, que busque desde la terapéutica un análisis de las pasiones, y con él un intento de cambio hacia opciones menos precipitadas y turbadoras. Puede pensarse incluso en una terapia en que el pirrónico esté guiado por un sentimiento de amor a la vida, algo que ya no parece contradictorio con la orientación pirrónica, y nunca debería haber llegado a serlo. Román-Alcalá (2015) considera que las escuelas helénicas comparten esta visión de la filosofía, como “an insistence on philosophy not merely as the teaching of abstract theories, but as a true love of life” (p. 199).

Para terminar, quiero decir que, al estudiar una orientación helénica que tenía como objetivo general la búsqueda de la vida buena, y como esperanza la tranquilidad del alma, creo que es muy importante recuperar esta línea de investigación. Y lo digo porque, ya desde la modernidad y todavía en la actualidad, parece interpretarse al pirronismo desde la importancia de la suspensión del juicio, o por discusiones sobre epistemología o metafísica. Son cuestiones importantísimas, sin duda, pero que considero que no pueden estudiarse alejadas de lo que expresamente se muestra como el fin de la orientación en las mismas fuentes: la búsqueda de la vida buena y el tratamiento de las turbaciones del alma, para lo cual la vida pasional es claramente esencial.

Referencias

- Blasco, Marta G. (2014). *La teoría de las emociones de Martha Nussbaum: el papel de las emociones en la vida pública*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Brochard, Víctor. (2005). *Los escépticos griegos*. Buenos Aires: Losada.
- Dillon, John. (1978). Metriopatheia and Apatheia: Some Reflections on a Controversy in Later Greek Ethics. *The Society for Ancient Greek Philosophy Newsletter* (27). <https://orb.binghamton.edu/sagp/27>
- Ferrater Mora, José. (1965). *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Nussbaum, Martha. (1994). *La terapia del deseo*. Barcelona: Paidós.
- Ornelas, Jorge. (2021). Skepsis escéptica: contra la interpretación rústica del pirronismo sexteano. En Jorge Ornelas (comp.), *Rústicos versus urbanos. Disputas en torno a la interpretación del escepticismo pirrónico*. (pp. 75-88). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Román-Alcalá, Ramón. (2015). Love and Persuasion: Strategies Essential to Philosophy as a Way of Life. *Philosophy Study*, 5 (4), 197-205.

Spinelli, Emidio. (2020). Passions, Affections, and Emotions: A Coherent Pyrrhonian Approach. *Sképsis: Revista de Filosofía*, XI (20), 43-75.

Sexto Empírico. (1996). *Hipotiposis Pirrónicas*. Madrid: Akal.

Sexto Empírico. (2017). *Esbozos Pirrónicos*. Madrid: Gredos.

Sexto Empírico. (1933). *Outlines of Pyrrhonism* (Traducción R. G. Bury). Cambridge: Harvard University Press.